

CARTA ABIERTA A JORGE MILLAS

Entregamos la siguiente carta abierta,
firmada por el profesor Claudio Díaz:

"Valdivia, 31 de marzo de 1980".

Carta Abierta a Jorge Millas:

En el libro I de "La política", Aristóteles define la república, como "la comunidad de la palabra". Para ese griego, sin palabra, no hay república. Su pensamiento se hace todavía más radical, cuando da la conocida definición de hombre, como "animal político". Tal vez, una traducción más respetuosa de los matices, podría ser: "ente animado, constituido para vivir en república". Según Aristóteles, sin república (sin palabra), no hay hombre;

¿Qué cosa fue para los griegos "palabra", que de ella les pareció depender la hombría? Ciertamente, mucho más que "voz" y "colgado" que ellos sabían, como nuestros etólogos, es facultad, también de los animales. Largo para una carta es recomar lo que sobre el tema ellos pensaron y dijeron, que fue mucho. Sin riesgo pues a resumirlo en una definición, que someto a tu crítica, maestro Millas: "palabra" fue entendida como el pensamiento siempre construido en común por los vivos y los muertos. Sosiego que eso mismo es lo que nosotros hoy encerramos en dos vocábulos extremos: "poesía" y "ciencia". (Creo que esta tesis no sería contradicha por Humberto Maturana).

La palabra así entendida, es la obra más perdurable de occidente. Y ella existe sólo mientras está en construcción; modo de existir que comparte con todo lo viviente. El lugar donde se alza es el anfiteatro de las conciencias, al cual las generaciones humanas, acorreadas por vientos tempestuosos siempre más activos que los recatos de la muerte, llegan por el lapso de una vida y se van, no sin antes entregar a la siguiente, individuo a individuo, su lugar en la tarea. Para eso existe la república; no para la seguridad o el alimento, que ya estaban, custodiados por el rebaño o la horda. "Aldeanos" (no ciudadanos, hasta Aristóteles a los miembros de una comunidad que no tenga como fin la palabra, no importa cuán numerosas y tecnológicamente: "exclaves por naturaleza" añade, con helénico orgullo de ciudadano).

Aún antes de los días de Aristóteles, un irrespetuoso inarmónico había corrompido la sociedad griega, trayendo como recuerdos la masificación, la tiranía, el imperio y la guerra. Esto lo dice Tucídides y Toynbee lo reitera.

La palabra perdió libertad; y de ello da testimonio la muerte de Sócrates.

Pero la obra de occidente fue salvada por un invento de Platón: la academia; una comunidad de hombres dedicados a continuar la construcción de la ciencia, los cuartos, para poder laborar en paz, explícitamente renunciaban a competir por el orden o la riqueza, entre sí o con otros. Esa fue la primera universidad (mucho mejor que yo, lo dice Gómez Larra). Desde entonces, esta fue



JORGE MILLAS

dejar de ser hombres, se constituyeron en república para cuidar de la palabra; para que no se interrumpiera su ir y venir de conciencia a conciencia, como la llama de madero en madero: hasta una sola interrupción para que el fuego se apague.

Estos fueron los monasterios en la alta Edad Media. Con estrategia de hormigas, hombres rastos y valientes voluntarios sin violencia a la violencia: múltiples nichos pequeños se dispersaron por Europa; muchos fueron arrasados por señores bandoleros, piratas vikingos o jinetes de la estepa; pero algunos quedaron y por ellos existe accidente. Más notable todavía, es que para esos hombres enteros, el cuidado de la palabra haya sido apenas un subproducto de su homenaje a la divinidad.

Al apaciguarse Europa, y requerir menos valor la tarea, apareció un nuevo tipo de república, ya con su nombre actual: la universidad. A diferencia del monasterio, para ella lo esencial fue la ciencia; y su claustro es abierto: toda la humanidad puede participar, sea como interlocutor o como auditor, en el discurso de la palabra.

Pero tomó algo del monasterio, que no estaba en la academia: la dispersión. Cada local universitario no es sino un municipio de la república universitaria. Una república que nada sabe del poder. En todos sus municipios el discurso de la palabra es el mismo -en unos más veloz y en otros más lento-, porque uno es el lenguaje de la ciencia (unas son las normas de construir el pensamiento común).

Gracias a esta dispersión monacal, la universidad ha sobrevivido a los absolutismos, inquisiciones, nacionalismos exacerbados y totalitarismos. Ha sobrevivido también a sus propias vicios, como intolerancia, compromisos doctrinarios, burocratización, profesionalización, elitismo social, mediocridad, poderencia, etc. Siempre en algún municipio de esta república surge un maestro y a su alrededor acuden los discípulos y la palabra vuelve a ser, a través de sus claustros abiertos, para toda la humanidad. Los arroyos corrompidos se quedan silenciosos. La tarea continúa.

Virgo profesor hoy se te aleja de unos edificios, porque los cuidado de la palabra; nunca consentiste que se dispersara en vocerío o que se relajara a martillo.

Pero sospecho que la tarea no ha terminado. Desde estos habrá a tu alrededor discípulos. Desde te escuchan habrá claustros abiertos, aunque no sean mayores que los

Coseco de Valdivia, Valdivia, 1-IV-1980 p. 8. 693608

Carta abierta a Jorge Millas [artículo] Claudio Díaz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Díaz, Claudio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carta abierta a Jorge Millas [artículo] Claudio Díaz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile